

La memoria de la infancia

Aproximaciones desde el pensamiento de Walter Benjamin.

Informe Seminario de grado: Filosofía y Educación para optar al Grado de Licenciada en Filosofía

:

Natalia Aguayo Hernández
Profesora Guía: Olga Grau Duhart
Santiago, diciembre, 2009

Introducción . .	4
I La memoria como recuperación del pasado olvidado . .	6
a) La memoria como piedra angular en la filosofía de Walter Benjamin . .	6
b) Responsabilidad política de la memoria . .	11
c) Memoria individual como constitución del Yo narrativo . .	13
II Memoria de la infancia . .	16
a) Entorno a la infancia . .	16
b) Relación entre memoria e infancia . .	21
III La importancia de la Narración en la constitución de una memoria de la infancia . .	25
a) Redención de nuestra <i>historia no narrada</i> . .	25
b) El género autobiográfico como una puesta en práctica . .	27
Conclusión . .	29
Bibliografía . . .	30

Introducción

Como lo enuncia el título del presente escrito, los ejes centrales que han sido ampliamente abordados son la memoria y la infancia, contextualizados dentro de diversas temáticas tratadas en el seminario de “Filosofía y Educación”. La radicalidad de la infancia en nuestras vidas y el hecho de que a través de la Educación nos encontremos constantemente relacionados con ella, nos hace difícil no tratarla en una tesina como la que tenemos al frente.

A lo largo de la historia, se ha intentado comprender el mundo de niñas y niños de diversos puntos de vistas, sin embargo *siempre* desde la seriedad de la adultez. Por lo general, son los infantes los que se deben poner en el lugar de los adultos, y no al revés. Toda actividad y todo desenvolvimiento en el mundo, es supervisado y determinado por los adultos. Aquellos, *siempre* tienen la razón, la experiencia y las facultades de decidir lo que ellos quieren. Su mundo es serio, rápido, sin tiempo libre, complejo, formal y autoritario.

Lo adultos, casi en ningún momento salen de la órbita de este mundo, ni siquiera al momento de relacionarse con los niños y niñas. De modo, que la relación adulto – infante, es una relación que se da arbitrariamente en y desde el mundo adulto, dirigida por éste y sólo aceptada y acatada por los infantes. Por lo pronto, se presiona a niñas y niños a entrar rápidamente al mundo de la adultez, abandonando prematuramente la infancia y a la vez arrinconándola en los viejos baúles del olvido. Es así, que podemos afirmar que esta visión de la infancia es una visión profundamente sesgada.

Más que re pensar radicalmente la infancia, lo que intento hacer es develarla por medio de la comprensión, para esto es necesario analizar el distanciamiento que existe entre adultez e infancia y la incompreensión de la adultez frente a ésta.

Por consiguiente, la tesis central de la presente tesina intenta dar a conocer una posibilidad de comprensión de la infancia. Ésta, estaría dada por el papel de la memoria, eso sí, es imprescindible destacar que me refiero a la memoria presente en la concepción benjaminiana, es decir, a la memoria como herramienta de recuperación del pasado olvidado, una recuperación política que no hace distinciones.

Para llegar a una integral concepción de la memoria benjaminiana, es primordial revisar su fragmentada obra, lo cual no es tarea fácil, debido a que la obra que hemos heredado de este autor se caracteriza por ser fundamentalmente inconclusa y escasa.

Asimismo, la obra de este escurridizo pensador se encuentra escrita mediante alegorías y metáforas, de modo que, es difícil establecer concepciones acabadas con respecto a algún tópico. Para hacer la tarea más fácil analizamos también, textos de comentaristas y amigos personales de Benjamin, lo cuales intentan describir su pensamiento y su propia personalidad.

Después de haber obtenido una acabada concepción de memoria, nos remitimos vagamente al pensamiento de Paul Ricoeur, de esta manera, describiremos la importancia de la narración y la correlación que existe entre pasado, memoria y el anterior concepto.

Finalmente, dimos a conocer algunos extractos del libro *Infancia en Berlín hacia 1900*, texto autobiográfico de Walter Benjamin, donde se narran diversos imaginarios de infancia,

como las relaciones con los otros, la relación con la naturaleza y la cultura, la memoria y reelaboración de recuerdos.

En última instancia, es menester hacer una advertencia con relación a conceptos de la filosofía de Paul Ricoeur, debido a que utilizaré algunos conceptos e ideas sacándolas de la trama original para explicar el fin de esta tesina. El motivo de esta acción se debe, principalmente, a la existencia de conceptos en la filosofía de Ricoeur que se despliegan de una manera muy esquemática, implicando el completo sistema que los cimienta, por tanto su seguimiento acabado nos adentraría en un terreno que escapa a los objetivos de esta tesina.

Por tanto, al igual que como lo hacía Benjamin, cuidadosamente descontextualizaré algunas nociones y concepciones para formar un todo consecuente con nuestros objetivos.

I La memoria como recuperación del pasado olvidado

a) La memoria como piedra angular en la filosofía de Walter Benjamin

El cronista que narra los acontecimientos sin hacer distinciones entre los grandes y los pequeños, da cuenta de una verdad, a saber, que para la historia nada de lo que una vez aconteció ha darse por perdido¹.

Abocándonos al mismo pensamiento de Walter Benjamin, entrevemos que ponía en práctica la idea de *no dar nada por perdido*, su mirada no se desenfocaba con las cosas olvidadas y despreciadas por el interés general, al contrario su atención no se aflojaba con aquellas. Este pensar se ha hecho notar por poseer una imposibilidad de encasillamiento o codificación, y por lo demás con sus ideas que se perciben como móviles y anti-dogmáticas, se llega a reparar con cierta inseguridad que sus intenciones no aspiraban a construir un sistema filosófico.

Hay una concepción de la historia que, confiando en la infinitud del tiempo, sólo distingue el tempo de los hombres y las épocas, que avanzan rápida o lentamente por las vías del progreso. Tal posición coincide con la incoherencia, la falta de precisión y rigor de la exigencia que esa concepción impone al presente².

La filosofía de la historia benjaminiana si es que podemos afirmar que existe una, se establece en oposición al modelo de historia occidental imperante tanto en su época como en la nuestra. Éste último es fundado por el historicismo y fundamentado en las ideas de continuidad, causalidad y progreso, las cuales definen a lo que comúnmente llamamos *Historia Universal*. Esta historia ha sido escrita, dominada y heredada por los vencedores, su universalidad es más bien una particularidad del triunfo. Así, anulando todo suceso, lugar y personaje que haya sido derrotado. Para nuestro pensador, este pseudo modelo universal "no tiene ningún armazón teórico. Su método es aditivo: utiliza la masa de datos para llenar el tiempo vacío y homogéneo"³. De modo que, el pasado, presente y futuro son establecidos como momentos estáticos e inamovibles dentro de una continuidad sin grandes variaciones, en la cual el pasado en tanto ya dejó de ser, se encuentra clausurado. Ante esta panorámica solamente nos restaría avanzar, propiciando así el surgimiento de la idea de progreso, idea que el historiador benjaminiano está llamado a combatir. Este llamado a combate no es por la idea misma de progreso, es esencialmente por todas las implicancias que ésta arrastra.

¹ REYES Mate, Manuel. *Medianoche en la historia: comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*. Traducción de las tesis por Reyes Mate. Madrid, Trotta, 2006. Tesis III, p 81.

² BENJAMIN, Walter. "La vida de los estudiantes" en *Escritos: la literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1989. Estudio preliminar de Giulio Schiavoni. Traducción de Juan J. Thomas, p 49.

³ *Ibid.*, Tesis XVII, p 261.

Es fundamental, enfrentarse a esta idea, debido a que excluye de la memoria colectiva los sucesos de los vencidos, sepulta los fracasos y exclusivamente se centra en los triunfos. “La hermenéutica del pasado, sobre todo del pasado dado por muerto, es un componente fundamental de la política de los vivos y, por tanto, un instrumento de poder”⁴. El hecho de que un suceso posea la cualidad de derrotado o vencido denota muchas aristas: desde que haya perdido importancia y haya sido relegado por acontecimientos que parecen ser más notables en ese momento, debido a un cambio físico o intelectual tanto de un individuo como de una comunidad, a causa de revoluciones políticas o sociales, etc.

Dentro de esta perspectiva, la infancia sería poseedora de un carácter de vencida, en tanto, es considerada como un simple momento de una continuidad lineal que representa nuestra vida. Como primer momento, la infancia, generalmente es percibida como la fase más básica y más transitoria de todas. En la medida en que nos mantenemos en la constante seriedad de la adultez, nos olvidamos de ese pasado *sin voz*⁵. “La infancia es asociada a inmadurez, a minoridad, y sería un estado del cual habría que emanciparse para volverse dueño de sí mismo”⁶. En consecuencia, siguiendo esta lógica, sería imperioso avanzar y abandonar con prontitud esta primera instancia. Ahora bien, en este capítulo, no nos inmiscuiremos aún con el problema que representa la infancia, sólo basta con destacar la posibilidad de tender un puente dentro del pensamiento de Benjamin entre infancia y su concepción del concepto de historia, progreso y memoria.

Como ha plasmado Benjamin en la novena tesis de *Sobre el concepto de historia*, el progreso es como un huracán que únicamente presiona hacia el futuro abandonando un cúmulo de ruinas propias del pasado que van quedando ocultas y enterradas. Desde este enfoque, el avanzar implicaría olvidar. Un olvido injusto que se desplaza despreciando y desechando acontecimientos pasados. “No es lo mismo el olvido en el sentido de desconocimiento del pasado, que el olvido en el sentido de no dar importancia al pasado. En el primer caso el olvido es ignorancia y en el segundo injusticia”⁷. Es posible apreciar cómo ambos elementos, ignorancia e injusticia, se arraigan intrínsecamente en la idea de progreso, la cual conlleva la catástrofe de un modelo que sistemáticamente configura un único relato del pasado, excluyente, eterno y con un costo muy alto.

El objetivo que Benjamin intenta alcanzar con estas tesis, es la universalidad que la historia misma envuelve, la cual es restada a causa de la ausencia del pasado olvidado, correspondiente a un pasado truncado y vencido. Aspirará a una idea de historia como cita de todo el pasado, una idea de historia que no discrimine hechos acontecidos, para ella todo lo que acontece debería poseer valor histórico, es decir, para esta historia todo acontecimiento realizado es relevante. El pasado posible nos asalta violentamente y sólo cuando éste es considerado, integrado y reivindicado es admisible hablar de una real

⁴ *Ibid*, Comentario a Tesis I, p 54.

⁵ Para referirse a niños y niñas, en el latín se impuso tardíamente el término *infantia* que quiere decir “ausencia de habla”. En un primer momento no se utilizó concretamente para referirse a los infantes, pero con el correr de los años comenzó a significar específicamente niño o infante, por lo cual nacieron diversas derivaciones de esta palabra. El filósofo italiano Giorgio Agamben, se sirve bastante de esta significación de infancia para hablar de la experiencia y el surgimiento del lenguaje. Para él, la infancia es la experiencia trascendental de la diferencia entre lengua y habla, estableciendo una relación entre infancia y lenguaje. En su libro *Infancia e Historia*, fundamenta que la infancia y el lenguaje se remiten mutuamente en un círculo donde la infancia es el origen del lenguaje y el lenguaje, el origen de la infancia.

⁶ KOHAN, Walter Omar. *Infancia entre Educación y Filosofía*. Barcelona, Laertes, 2004. Prólogo de Jorge Larrosa, p 266.

⁷ *Ibid*, Comentario a Tesis VI, p 120.

universalidad. Por lo pronto, el filósofo para que avance en la dirección del conocimiento verdadero "...tiene que enfrentarse al pasado, es decir, tiene que elaborar una teoría de la memoria capaz de mantener vivo todo lo que hay de reivindicación en las generaciones pasadas"⁸.

Llevará a término este objetivo, sirviéndose de concepciones sacadas de contexto que son pertenecientes al materialismo histórico y a la teología, dos sistemas que responden a diferentes visiones de mundo y que permiten espacio no sólo para la mera crítica, sino que también proporcionan elementos beneficiosos para repensar la historia.

El aporte que se vislumbra dentro del materialismo histórico es, principalmente, la visión que posee frente a pasado, presente y futuro –momentos interactivos y no puntos fijos caracterizados en una línea de tiempo. Además, de permitirnos una experiencia única con el pasado, debido a que ya no se entiende como una verdad clausurada o una imagen eterna a la cual podemos volver a conocer cuando queramos. "La verdadera imagen del pasado se desliza veloz. Al pasado sólo pude detenersele como una imagen que, en el instante en que se da a conocer, lanza una ráfaga de luz que nunca más se verá"⁹.

Nuestro autor no se identifica con el materialismo histórico usualmente conocido en la época y que es propio del marxismo, sino que apunta a una nueva comprensión asentándose en una alianza entre éste y la teología. Aquellos, al ser repensados se nos presentan como fuentes ineludibles de conocimiento. La crítica a la religión, que han llevado a cabo tanto la Ilustración como el propio Marxismo, han desacreditado todo intento de considerar a la teología desde otro punto de vista que no sea el que canónicamente le corresponde. No obstante, es posible realizar un ejercicio deconstructivo y apreciar cómo aquellos elementos, metáforas y alegorías presentes en el relato religioso, son aplicables, en este caso, a la misma historia. Despreciar esta fuente de conocimiento sería caer precisamente en una concepción cerrada y canónica. De todos modos, hay algo en el marxismo que es rescatado por Benjamin, que consiste en su sentido práctico de la verdad, esto quiere decir, que la verdad sea justicia. Este sistema doctrinal, establecería una relación entre conocimiento e interés, dejando de manifiesto la falsa inocencia del conocimiento. De esta manera, sólo se podría hablar de conocimiento verdadero si éste se encuentra en función de un interés general, el cual sería la negación de la injusticia. Así la pregunta por la verdad, sería una pregunta por la justicia¹⁰.

"Lo que realmente le fascina a Benjamin de la teología es la normalidad con la que trata aspectos de la vida que se hacen invisibles en la filosofía moderna"¹¹. Cuando afirmamos que nuestro pensador recurrió a la teología, hay que insistir en que nos referimos propiamente al judaísmo y que sus intereses primordialmente estaban marcados por ideas judías como el mesianismo y la redención, en palabras de Scholem "las ideas cristianas nunca lo atrajeron"¹². Es gracias a la influencia del judaísmo que Benjamin se centra y ahonda en el pasado.

Es sabido que a los judíos les estaba prohibido indagar sobre el futuro. La Torá y la plegaria enseñan, contrariamente, a recordar. Eso les desencantaba el futuro del que se

⁸ *Ibíd*, Comentario a Tesis I, p 54.

⁹ *Ibíd*, Tesis V, p 107.

¹⁰ *Ibíd*, Breves alusiones al comentario de la Tesis I, p 53.

¹¹ *Ibíd*.

¹² SCHOLEM, Gershom. *Walter Benjamin y su ángel*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, Traducción de

Ricardo Ibarlucía y Laura Carugati, p 30.

hacían esclavos al buscar información en los profetas. No obstante, gracias a ello el futuro no se convirtió para los judíos en un tiempo homogéneo y vacío. Pues en él cada segundo era la pequeña puerta por la cual podía entrar el Mesías¹³.

Además, el mismo Scholem, en su libro *Las grandes tendencias de la mística judía*, escribe que los cabalistas judíos estaban mayormente concentrados en el comienzo del mundo, que en el fin mesiánico. Para estos judíos la redención se basaba en volver a los comienzos de la creación y la revelación.

Al darle tanta relevancia a estas categorías judías, Benjamin, percibe en los seres humanos una generalizada falta de envidia del presente con respecto al futuro. Así, aparece la categoría judía del *recordar* que es el hilo que nos mueve y que nos hace envidiar un pasado que ya ocurrió y un pasado que podría haber ocurrido de otra forma. Esta característica que se distinguiría como habitual en la humanidad es propia de la redención, es ésta la que nos incita a mantenernos atentos al pasado, en tanto necesitamos hacernos cargo de éste. Propiamente tal, el acto de redención es librarse del peso del pasado, a través, de la comprensión de ese pasado olvidado. “La redención no es nunca un hecho, es más bien una experiencia”¹⁴.

Es de destacar que hasta el momento, lo que se va entendiendo en sentido estricto como pasado no es únicamente *lo sido*, también hay que considerar como pasado lo que *quiso ser* y no pudo consumarse. En consecuencia, presente es lo que ha llegado a ser y tenemos delante y asimismo lo que quiso ser y se malogró. Si el primer presente es historia real, el segundo es sólo presente como posibilidad.

“El pasado no es eso que algún día fue plenamente presente; no puede predicarse del pasado un *así fue exactamente*, puesto que lo que lo caracteriza es ser siempre un *ya no*, no un presente perdido, sino la pérdida misma, pérdida que sólo se reconoce como tal, que sólo puede tener lugar, como pérdida en el presente”¹⁵. Conocer el pasado no es reconstruir los hechos como efectivamente han sucedido, en este contexto ese pasado que ha quedado atrás se nos presenta por primera vez, debido a que no es el mismo pasado que ocurrió tiempo atrás, es una construcción nueva. En absoluto, se trata de vivir nuevamente el pasado, sino que aprovechar los escombros de ese pasado en vista del presente que vivimos.

“Articular históricamente lo pasado no significa *conocerlo como verdaderamente ha sido*. Consiste, más bien, en adueñarse de un recuerdo tal y como brilla en el instante de un peligro”¹⁶. Este peligro al que alude Benjamin, es prestarse a ser instrumento de la clase dominante, de la clase que vence continuamente y que escribe la historia. Corremos peligro al aceptar como único pasado el que nos entregan los vencedores de ese mismo pasado y corremos aún más peligro al olvidar por completo nuestra propia infancia. Olvidar la infancia, no es sólo olvidar una etapa pasada, sino que en cierta forma es olvidarnos a nosotros mismos. “Irrecuperable es, en efecto, aquella imagen del pasado que corre el riesgo de desaparecer con cada presente que no se reconozca mentado en ella”¹⁷. El historiador o el mismo sujeto participante de la historia, que postula Benjamin debe ser capaz de captar y

¹³ *Ibid*, p 35

¹⁴ COLLIGWOOD-SELBY, Elizabeth. *Walter Benjamin, la lengua del exilio*. Santiago, LOM Ediciones, Arcis, 1997, p 67.

¹⁵ *Ibid*, p 65.

¹⁶ REYES Mate, Manuel. Óp. Cit. Tesis VI, p 113.

¹⁷ *Ibid*, Tesis V, p 107.

retener esa fugaz y destellante imagen del pasado, lo cual únicamente puede ser logrado mediante el papel de la memoria. Al hacer andar nuestra memoria, nos encontraríamos aptos para dar vida al pasado inerte y clausurado.

En esta oscura y frondosa atmósfera aflora la memoria que “es salvación del pasado y del presente. Salvación del pasado porque gracias a la nueva luz podemos traer al presente aspectos desconocidos del pasado; y del presente, porque gracias a esa presencia el presente puede saltar sobre su propia sombra, es decir, puede liberarse de la cadena causal que lo trajo al mundo”¹⁸.

La memoria, el camino del recuerdo es la única forma de aprehender ese pasado pisoteado y escondido, el que posee esperanzas redentoras y que es también ruptura y liberación. Con el camino ya recorrido hasta entonces, podemos llegar a vislumbrar que el camino que se emprende gracias a la memoria es un camino en que constantemente actualizamos el tiempo histórico. No se pretende vivir desde el pasado, pero sí desde el pasado construir algo nuevo que incida en nuestro presente, de modo que se trata de ser responsables y justos. “La recordación que lleva a cabo la memoria es redentora si es universal y para ello tiene que ser integradora”¹⁹.

Por medio de ésta, además de sacar de los baúles del olvido al pasado ausente lo mantenemos en constante presente. La recordación que realizamos a través de la memoria, puede abrir expedientes que la historia da por archivados y concluidos. Vamos percatándonos que la memoria en Benjamin, puede ser entendida como recordación y remembranza, es decir, una mirada específica sobre el pasado o una construcción del presente desde el pasado. Sin la presencia de aquélla y del reconocimiento del pasado, nunca entenderemos lo que actualmente disfrutamos y lo que actualmente somos.

Para llegar a comprender adecuadamente la radicalidad del pasado frustrado en la concepción de memoria benjaminiana, es esencial, poner acento en lo que Benjamin entendía por realidad. “Lo que se quiere decir es que la realidad no es sólo lo fáctico, lo que ha llegado a ser, sino también lo posible: lo que fue posible entonces y no pudo ser; lo que hoy sobrevive como posibilidad por estrenar”²⁰. La realidad no sería únicamente lo que nos rodea, lo que nos acontece en ese preciso momento, es por lo demás todo elemento que participó e incidió de cierta forma para que se constituyera así como la vivimos. Benjamin en estas tesis cuestiona el rol imprescindible de la facticidad en la historia. De modo, que su concepción de memoria se negaría a considerar lo que hay como toda la realidad, más bien vería a todo lo ausente como parte indispensable de ésta. Para nuestro autor, la memoria es capaz de detectar aspectos nunca visto de la realidad. “Decimos que memoria significa considerar el pasado declarado insignificante como parte fundamental de la realidad”²¹.

Al fin y al cabo, la idea de historia que nos propone el autor es una historia que se basa en actualizar el pasado fracasado, el pasado de los vencidos. Este actualizar no debe entenderse en el sentido de reedificar el pasado y colocarlo en el presente, es necesario entenderlo como una construcción de algo nuevo a partir de lo que se desechó en el pasado. “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no está constituido por el tiempo

¹⁸ *Ibid*, Comentario a Tesis V, pp 108 – 109.

¹⁹ *Ibid*, Comentario a Tesis III, p 83.

²⁰ *Ibid*, Comentario a Tesis VI, p 122.

²¹ *Ibid*, p 119.

homogéneo y vacío, sino por un tiempo repleto de ahora”²². Esta nueva historia que se construye no lo hace a partir de la temporalidad continua, lo hace por el *ahora*, un ahora que nos viene de un pasado desconocido y olvidado, el cual se transforma en algo nuevo y desconocido que va a pertenecer a nuestro presente. En consecuencia, la historia se mantiene en permanente construcción y asiduamente nos proporciona elementos nuevos, actualizando el presente desde el mismo pasado. “La diferencia del presente del cual puede brotar el futuro es la fisura que el pasado pendiente inscribe en el presente. Que el pasado permanece pendiente, esto es lo decisivo en la concepción benjaminiana”²³.

Por lo pronto, nuestra propia historia se va delineando sin vacíos en tanto comprendemos y hacemos parte de nosotros ese pasado frustrado. Si somos capaces de conciliar a este pasado posible desde nuestro presente y lo aceptamos como una parte de nuestro presente, es porque lo hemos redimido de su fracaso y lo entendemos como una posibilidad que pudo haber modificado nuestro presente. Sólo podemos sentir que pertenecemos y que en cierta forma somos parte de ese pasado que nos pertenece, en la medida que lo redimimos, que nos hacemos responsables de él, que lo comprendemos y que reconocemos como parte de él a todo lo que en un momento dejó de ser, a todo lo que fue derrotado, a todo lo que se olvidó y que pasó a ser mera posibilidad. En nuestro presente siempre queda algo de ausente.

b) Responsabilidad política de la memoria

¿Sabremos aceptar tanto el paso del tiempo como la necesidad de vivir en el presente, reconociendo que ese presente está hecho, también, de pasado, tanto en su sustancia como en sus valores?²⁴

Antes de continuar con nuestro camino, es de suma importancia especificar que cuando Benjamin se refiere al pasado, más que a un pasado individual alude a un tiempo anterior de toda la humanidad, escenario de diversos acontecimientos y de diferentes desenlaces, en donde se conjugan pugnas de intereses ideológicos que sepultan a las minorías vencidas. Son los vencedores de esta narración que se encargan de enterrar y hacer olvidar los ideales que participaron en su elevación como triunfadores. No hay que dejar de mencionar que estos ideales derrotados fueron entusiasmadamente representados por hombres y mujeres que también se echaron al olvido. De modo que, la memoria que se nos exige echar andar es una memoria política. El calificativo de político no es para dificultar las cosas y llevarla en cierto modo a otro contexto, es específicamente para convocarnos al reconocimiento.

Sin embargo, en esta tesina mi enfoque es la historia singular de cada individuo estableciéndola en paralelo a la historia de la humanidad, es decir, considero que en nuestra propia historia existen sucesos y etapas completas que son derrotadas y omitidas. Además nuestra historia personal, también precisa ser entendida como una construcción de momentos interactivos y no estáticos, debido a que ésta se proyecta en la historia de

²² *Ibid*, Tesis XIV, p 223.

²³ OYARZUN, Pablo. *La dialéctica en suspenso*. Santiago, LOM, Ediciones, Arcis, p 29.

²⁴ TODOROV, Tzvetan. *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX, Barcelona, Península, 2002, p 364.*

toda la humanidad y viceversa. Nuestro pasado, presente y futuro, tampoco pueden ser comprendidos como puntos fijos en una línea de tiempo.

Continuando con la memoria, en su esencia misma se emana una responsabilidad con el pasado. La acción de recordar se condice con una actualización permanente del pretérito. La anámnesis (del [griego](#) ἀνάμνησις, *anámnesis* = traer a la memoria o desolvido) que como término se hace conocida gracias a Aristóteles, nos indica asimismo la naturaleza de la memoria y de la acción del recordar. En general, este concepto apunta a traer al presente los recuerdos del pasado y recuperar la información registrada en épocas ya acaecidas.

El hecho mismo de hacernos cargo del pasado es adquirir responsabilidad con respecto a la historia olvidada, es tomar los restos de ese pasado y construir algo nuevo en el presente, “no se reescribe la misma historia, se escribe otra historia”²⁵. Para Benjamin, la responsabilidad nace de la conciencia histórica, conciencia de que somos partes de la historia y que con nuestro actuar la podemos transformar a cada instante. Sin la memoria y el conocimiento del sufrimiento pasado, nunca entenderemos lo que ahora disfrutamos. Este pasado en el que nos enfocamos es mera posibilidad, en tanto no llegó a hacerse presencia, pero participó e influyó para que otro perteneciera al presente y a la historia heredada. “Hay un presente – posible y un pasado – oculto. La tarea del historiador es hacer realidad el presente posible gracias a la presencia del pasado oculto. El acto de sacar a la luz el sentido oculto del pasado es un acto redentor: salva el sentido y salva el presente”²⁶. Esta tarea que Benjamin se la adjudica al historiador es una tarea que es exigencia para todos nosotros en tanto sujetos históricos.

La construcción del pasado que realiza la memoria nos interesa en cuanto incide y nos es relevante en el presente. El pasado ausente haya o no alcanzado presencia, merece reconocimiento y éste es realizado por la memoria a través de la cita.

La cita es la herramienta para redimir el pasado. Citar es sacar del escondite a ese pasado que se da por perdido y volver a darle vida. Es un reconocimiento, un adquirir responsabilidad respecto de él, es comprenderlo y hacer justicia. La acción de citar nos hace justos al considerar lo ausente como parte del presente. “Esta forma de reconocimiento no es sólo cognitiva, sino fundamentalmente política, ya que involucra el otorgamiento a esos otros de la categoría de semejantes”²⁷. Al reconocerlos, los volvemos semejantes de nuestra propia historia, los alzamos como un igual. Dejamos de tener sólo a la mano a esa historia vencedora que en tanto victoriosa se establece como parte constante del presente, sino que también tenemos a esa historia oculta, a saber, con este reconocimiento obtenemos la otra cara de la misma moneda.

Del mismo modo, que con la memoria realizamos una construcción completamente nueva en el presente aprovechando los restos de ese pasado sepultado, con la cita traemos el pasado al presente de una forma fragmentaria. “No es el presente lo que en la cita se manifiesta, sino un pasado el que se recupera”²⁸. El carácter de la cita, se funda en el reconocimiento de cada acontecer como un acontecer que es parte del pasado, sin importar

²⁵ RICOEUR, Paul. *Tiempo y Narración*. México D. F. Siglo XXI Editores, 2003. Traducción de Agustín Neira y presentación de la edición española por Manuel Maceiras. Vol. 1, p 207.

²⁶ REYES Mate, Manuel. *Op. Cit.* Comentario a Tesis V, p 110.

²⁷ BELVEDRESI, Rosa. “Consideraciones acerca de la memoria, el olvido y el perdón a partir de los aportes de Paul Ricoeur”. *Revista latinoamericana de Filosofía*. Vol. XXXII. N° 2. Buenos Aires. 2006, p 213.

²⁸ COLLINGWOOD – SELBY Elizabeth. *Op. Cit.* pp 72-73.

si fue realizado o pudo ser realizado en su totalidad, es decir, que se constituye en cuanto considera a todo acontecimiento como parte del presente que vivimos y de la historia que se relata.

Para rescatar el pasado no podemos retroceder hasta él, debido a que el progreso nos presiona incansablemente hacia el futuro, por tanto lo único que nos resta es citarlo desde el presente. Así, se hace imprescindible recurrir a esta herramienta de reconocimiento para elevar al pasado hasta la presencia y volver a darle vida. “¿Qué tiene la cita para ser tan poderosa? Sacar al pasado, a ese pasado de los vencidos, fuera del nicho en el que lo han colocado los que escriben la historia para darle vida y voz propia”²⁹.

c) Memoria individual como constitución del Yo narrativo

...aquello que hacemos y pensamos está

*lleno del ser de nuestros antepasados*³⁰.

A partir de esta sección, el ahondamiento que se realice con respecto a la memoria, es apuntado concretamente hacia la memoria individual de todo ser humano. Es nítido que la memoria es inherente a nosotros mismos, sin embargo, se generan dificultades al no saber cómo recurrir a ella para nuestro beneficio. Los recuerdos que emanan del accionar de la memoria consiguen modificar nuestra realidad, por esto es imperioso no cesar de recordar. No basta tan sólo con poseer memoria, es menester, mantenerla activa.

Ahora bien, además de activar nuestra memoria y no dejar de recordar, es importante saber qué hacer con los recuerdos alcanzados. Ya sabemos que una forma de redimirlos de su carácter de olvidados es citarlos en el presente, entregándoles una nueva vida. La radicalidad de este acto es el hecho de transformar la constitución del Yo de aquel individuo. Debido, a que yo me constituyo tanto por lo que fui como por lo que no alcancé a ser, soy a causa de mi presencia y de mi ausencia.

Con nuestra propia historia llegamos a ser injustos, porque faltamos a la universalidad al no saber integrar nuestros sucesos vividos. A medida que vamos consumando etapas tanto etéreas como intelectuales vamos dejando afuera a las menos avanzadas. No obstante, nos olvidamos de que todo, hasta lo más intrascendente, es parte de nosotros mismos y nos funda como tales. Tenemos que ser capaces de leer nuestro pasado como si fuera un texto *nunca escrito*, alejando la premisa que establece a todo lo acontecido como dotado de una opacidad incognoscible en la medida en que se encuentra temporalmente lejos de nosotros. Para ser capaces de realizar lo anterior, será necesario introducirnos en la Filosofía de Paul Ricoeur, especialmente en sus ideas plasmadas en *Tiempo y Narración*.

Propio del pensamiento de este fenomenólogo francés, es una actitud esencialmente afirmativa frente al negativismo de algunos filósofos existenciales. Tal actitud, se refiere a la reconciliación del hombre entero con su mundo, con el fin de sobreponerse a la etapa en la cual la unidad ha sido despedazada. Según Ricoeur, toda comprensión de sí debería

²⁹ REYES MATE, Manuel. *Op. Cit.* Comentario a Tesis III, p 82.

³⁰ BENJAMIN, Walter. *Metafísica de la juventud en “Obras”*. Madrid, Abada Editores, 2007. Traducción de Jorge Navarro Pérez. Libro II, Vol. 1, p 93.

ir mediatizada por el análisis de los signos, los símbolos y los textos en general. De esta manera, la fenomenología hermenéutica sustituye el mundo natural del cuerpo y de la cosa por el mundo cultural del símbolo y del sujeto, a saber, por un mundo del lenguaje. Ahora, con respecto a la interpretación, no es para Ricoeur la inserción de una subjetividad en un contexto objetivo y no es tampoco una especie de simpatía que hace posible entender intenciones ajenas. Se trata más bien de recobrar mediante interpretación, el mundo mismo, el cual queda entonces descubierto. Este sería propiamente el papel de la hermenéutica. “Puesto que la pregunta por el *ser del yo* se contesta narrando una historia, contando una vida. Podemos saber –en efecto- lo que es el hombre atendiendo a la secuencia narrativa de su vida”³¹. De esta suerte, se introduce el papel de la temporalidad como el carácter determinante de la experiencia humana. Toda acción ejecutada y todo evento acontecido, son realizados en el tiempo. En consecuencia, es el relato o la trama narrativa (organización inteligible de la narración), el medio privilegiado para esclarecer la experiencia temporal inherente a la ontología del ser – en- el – mundo. Así, la narración es presentada como condición identificadora de la existencia temporal. “El mundo desplegado por toda obra narrativa es siempre un mundo temporal... el tiempo se hace tiempo humano en cuanto se articula de modo narrativo; a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal”³².

Para San Agustín, en el alma humana se medirían los tiempos, la impresión que dejan las cosas en ella al pasar. Lo que se mediría, no sería las cosas futuras o pasadas, sino su expectación y su recuerdo, “cuando se narra de memoria, los recuerdos van apareciendo fácilmente por su orden”³³. En otras palabras, en este contexto cuando nos referimos a temporalidad la estamos entendiendo desde un punto de vista heideggeriano, esto quiere decir, que se considera al tiempo como horizonte de la comprensión del ser de los individuos.

Para Ricoeur entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es meramente accidental, sino que presenta la forma de necesidad transcultural “...el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal”³⁴.

Por lo tanto, una forma de citar y de redimir ese pasado vencido u olvidado, es narrando. Mediante la narración podemos volver a arraigar ese pasado oculto a nuestra existencia, entregándole un registro concreto. Ésta sería una forma adecuada de sentir que, no porque las etapas hayan sido resueltas en el tiempo no tienen derecho de seguir incidiendo en nuestro presente, aunque sea de una forma narrativa. Por consiguiente, el papel que juega la memoria no es del todo aislado e independiente, a mi parecer la acción de narrar es inseparable a ésta. A saber, no basta con hacer trabajar nuestra memoria centrándonos en sucesos olvidados y truncados, si no somos capaces de en cierta forma ponerlos en práctica, narrándolos.

La responsabilidad política que implica la memoria nos incita a la narración de lo recordado. Dicho de otra manera, la cita y el reconocimiento no son posibles sin la función

³¹ RICOEUR Paul. *Op. Cit.* Corresponde a la Presentación de la Edición española por Manuel Maceiras, Vol. 1, p 12.

³² *Ibid.*, Vol. 1, p 39.

³³ AGUSTIN, Santo, Obispo de Hipona. “Confesiones” en *Obras de San Agustín*. Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1991. Edición Crítica y anotada por el padre Ángel Custodio Vega. Libro X, p 399.

³⁴ RICOEUR, Paul. *Op. Cit.* Vol. 1, p 113.

que cumple la narración. La memoria es la única que puede ayudarnos a leer la parte no escrita del texto de la vida. Así, ésta se va estableciendo como una herramienta hermenéutica capaz de interpretar historias de vidas. La recordación que seamos capaces de realizar puede llegar a modificar la realidad que vivimos y la que viviremos. Pueden haber hechos acontecidos que no consiguen ser recobrados tal y como acaecieron, pero no obstante pueden ser revividos con la palabra. Es decir, en una completa y justa recuperación del pasado es imposible prescindir de la narración.

Ahondando, en la constitución de nuestro Yo, es preciso, afirmar que conformamos nuestra identidad a partir del modo en que articulamos nuestros recuerdos. Somos sujetos textualizados, nos constituimos como *Yo narrativo*. Nuestra identidad se conforma por medio de textos de nosotros mismos. Nuestro Yo, denota una narración que da a conocer nuestro pasado, el cual nos constituye como quienes somos.

...cada generación re-crea el mundo humano a través de la re-interpretación que cada uno hace de la odisea de su propia libertad proyectada en los nuevos mundos posibles abiertos por los textos; cada uno de nosotros, por otra parte, como narrador de su propia vida re-interpretada una y otra vez a la luz de los nuevos modos posibles de ser-en-el-mundo, colabora en la reformulación de la autocomprensión humana³⁵.

³⁵ ESCRIBAR Wicks, Ana. "La hermenéutica como camino hacia la comprensión de sí", Homenaje a Paul Ricoeur. *Revista de Filosofía*. Vol LXI. 2005. Universidad de Chile. Santiago, p 58.

II Memoria de la infancia

a) Entorno a la infancia

...las distintas figuras de la infancia o, más precisamente, las distintas imágenes que hemos construido de ese enigma que llamamos “infancia”, son un espejo de nosotros mismos: un producto de nuestros miedos y nuestras esperanzas, de nuestro coraje y de nuestra cobardía, de lo que creemos que somos y de lo que sentimos que nos falta, de lo que nos gustaría ser y de lo que sabemos que nunca seremos, de nuestras utopías y de nuestras decepciones, de nuestros sueños y de nuestras pesadillas, de nuestros logros y de nuestros fracasos, de nuestra manera de habitar el tiempo, la memoria y el olvido, la repetición y la diferencia, la continuidad y la discontinuidad, el nacimiento y la muerte.³⁶

Con relación a la infancia hay mucho que decir, como también es mucho lo que se dice. A lo largo de la tradición, se ha instituido casi por completo una concepción de infancia descrita como exclusivamente la primera edad del ser humano. Esta determinada percepción ha sido originada gracias a la influencia del historicismo anteriormente enunciado. Es éste el que ha determinado una continuidad lineal en la Historia Universal, como también en nuestra propia historia personal. Nuestra vida es comprendida como una secuencia constante, lineal y sin grandes variaciones; nuestro pasado, presente y futuro son puntos estáticos dentro de este continuo. “Pensamos la vida humana atravesando estadios, etapas, fases de desarrollo. Aparecemos ante nosotros mismos como seres en ascensión, “la infancia sería el primer peldaño”³⁷. Asimismo, el progreso es en nuestra vida un imperativo irrevocable. La infancia como primera etapa, habitualmente es vista como la más singular, la más básica, la más fácil y la menos importante. En la medida en que estamos llamados a avanzar, la olvidamos rápidamente y nos enfocamos meramente en la etapa presente.

Ahora bien, haciendo alusión al pensamiento benjaminiano descrito en la primera parte de esta tesis, la infancia revela la misma esencia del pasado, de ese pasado vencido y olvidado. Del mismo modo, la adultez representa el presente heredero del pasado vencedor y de la lógica dominante. Es así, como lo que tradicionalmente se denomina *primera etapa*, ha sido permanentemente asociado a la debilidad y a la inferioridad. “En tanto primer peldaño de la vida humana, la infancia representa también su forma incompleta, su falta de acabamiento”³⁸.

Estas nociones que suelen relacionarse con la infancia, nos han sido heredadas de la modernidad y por sobre todo de la Ilustración, en este período estaba en boga un intenso y urgente llamado a la emancipación y a la autonomía. Entorno a estas mismas ideas Walter Kohan en *Infancia entre Educación y Filosofía*, nos plantea lo siguiente: “La infancia es una metáfora para una vida sin razón, oscura, sin conocimiento. La emancipación sería

³⁶ KOHAN, Walter Omar. *Op. Cit. Corresponde al Prólogo “Apuntes para crear una tradición diferente”, escrito por Jorge Larrosa, p 18.*

³⁷ *Ibid*, p 129.

³⁸ *Ibid*, p 52.

un abandono de la infancia, su superación”³⁹. La emancipación *manci patio* ya en su raíz latina apuntaba a un emerger del estatus de esclavo, a un estatus de hombre libre. En relación a esta idea el filósofo Immanuel Kant es bastante sugerente en el ensayo “¿Qué es la Ilustración?” En este pequeño texto realiza un llamado a salir del estado de *minoría de edad*, en efecto, con aquello se refiere al estado del ser humano en que no es capaz de utilizar su entendimiento con independencia de un tutor. Por tanto, el reiterado llamado que se efectuaba en la Ilustración era un llamado a emanciparse de lo que algunos actualmente denominan infancia. Desde esta lógica, aquélla es utilizada como figura metafórica de una vida desprovista de razón. Kant expresa la idea de *mayoría de edad* como la *edad de la razón*, por consiguiente, la razón se consideraba como único medio para conocer y comprender la realidad sensible e inteligible, única manera de abandonar el estado de inacabamiento que supone la infancia o minoría de edad.

La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia, sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro.⁴⁰

La mencionada minoría de edad, es usualmente relacionada con la infancia, debido a que de ninguna forma se piensa a las niñas y niños como productores de conocimiento, al contrario meramente se los piensa como receptores y como tales no es necesario que sepan utilizar su entendimiento por sí solos. Siguiendo esta dinámica, exclusivamente los mayores de edad, los que utilizan su entendimiento con independencia, son capaces de producir conocimiento y como tales serán los responsables de transmitirles este saber a los menores de edad.

Si observamos de una manera extensa las prácticas educativas, familiares y escolares, de nuestra sociedad, podemos apreciar que en el imaginario social aún subsiste una concepción de infancia que tiene efectos limitantes en varios aspectos de nuestra cultura. Uno de esos efectos es el hecho de que niñas y niños no son validados y legitimados suficientemente como sujetos con grados de autonomía, como sujetos productores de cultura y como protagonistas de sus propios procesos de aprendizaje múltiple⁴¹.

En oposición a esta dinámica de dependencia de la infancia en relación a la adultez, el filósofo francés Jacques Rancière en su libro *El maestro ignorante*, fundamenta una nueva visión que anula la relación entre un maestro *productor de saber* y un estudiante *receptor de ese saber*. Basándose en las experiencias de un maestro del siglo XIX, llamado Joseph Jacotot, concluye que la actividad del maestro, que obliga a otra inteligencia a ejercitarse, era independiente de la posesión del saber, y que, por lo tanto, era posible que un ignorante permitiera a otro ignorante saber aquello que él mismo no sabía. Basándose en este ejemplo, Rancière, realiza una interrogación fundamental sobre lo que quiera decir saber, enseñar y aprender. Por lo pronto, el maestro ignorante, es aquél que enseña, es decir, que es para otro causa del saber, sin que transmita ningún saber. Dicho de otra manera, el acto del maestro que obliga a otra inteligencia a funcionar es independiente de la posesión del saber. El maestro ignorante, es sólo una voluntad que ordena a su otro poner

³⁹ *Ibid*, p 266.

⁴⁰ KANT, Immanuel. “¿Qué es la Ilustración?” en *Filosofía de la Historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994. Prólogo y traducción de Eugenio Imaz, p 25.

⁴¹ GRAU, Olga. “La alteridad en el pensar propio”. *Documento de clase*, p 6.

en ejecución una capacidad que ya posee, la capacidad que todo hombre ha demostrado al adquirir sin ningún maestro, el más difícil de los aprendizajes, el de esa lengua extranjera que es para cualquier niño o niña que viene al mundo la lengua que llamamos materna. El obstáculo para el ejercicio de las capacidades del ignorante no es su ignorancia, sino su aceptación de la desigualdad. Aquel que no quiere ir más lejos en el desarrollo de su poder intelectual se satisface de *no poder*, en la seguridad de que otros tampoco pueden. El principio desigualitario es un principio de compensación de las desigualdades que funciona a escala de la sociedad en su conjunto. No es el saber del maestro lo que puede suspender ese funcionamiento de la máquina desigualitaria, sino la propia voluntad del ignorante.

Concretamente lo que es propuesto en este libro, es la *emancipación intelectual*, ya que, la constante dinámica que se establece entre un maestro *productor de saber* y un ignorante meramente *receptor de ese saber* limita la transmisión del saber, organizando el retardo y obstaculizando la igualdad.

Abocándonos a la realidad infantil, percibimos que el mundo adulto los ha enfrentado de un modo casi autoritario. Lo cual se demuestra en el constante hostigamiento que se ejerce sobre niñas y niños, exhortándolos con estricta rigidez a abandonar su estado de primera inocencia. "...somos instigados a abandonar rápidamente la infancia, en la medida en que nuestras sociedades parecen hostiles"⁴² a ella. Toda actividad y todo desenvolvimiento en el mundo, es supervisado y determinado por los adultos. Aquellos, siempre tienen la razón, la experiencia y las facultades de decidir lo que ellos quieran.

***La máscara del adulto se llama "experiencia". Es inexpresiva, impenetrable, siempre igual; ese adulto ya lo ha experimentado todo: la juventud, los ideales, las esperanzas, la mujer. Todo era ilusión. A menudo nos sentimos intimidados o amargados. Quizás ese adulto tenga razón. ¿Qué podemos contestarle? Nosotros aún no hemos experimentado nada*⁴³.**

Al estar provistos de esta experiencia, la infancia es desvalorizada desde la adultez, se la considera una etapa momentánea de la cual es urgente retirarse rápidamente. De esta manera, nos enfrentamos a ella con aires de superioridad, suponiendo que *todo* lo conocemos y *todo* lo sabemos, en cambio las niñas y niños serían inferiores en la medida en que aún *nada* conocen y *nada* saben. Sin embargo, está claro que para relacionarnos adecuadamente con niñas y niños no basta con sólo experimentar y sentirse experimentado frente al resto. "La experiencia sólo carece de sentido y de impulso para el espíritu embotado"⁴⁴.

Desde este enfoque, se cometen graves errores, en cuanto que las ideas que poseemos con respecto a las niñas y niños, no se deben a ellos mismos, sino que somos los mismos adultos que a lo largo de la historia hemos establecidos imágenes que los definirían a nuestra semejanza.

A nuestro juicio, las concepciones de la infancia –conformadas por sistemas de representaciones sociales respecto de las identidades de niñas y niños y que configuran un sistema de dispositivos que estructuran las relaciones con

⁴² KOHAN, Walter Omar, *Op. Cit.*, p 276.

⁴³ BENJAMIN, Walter. *Op. Cit. Escritos: la literatura infantil, los niños y los jóvenes*, p 41.

⁴⁴ *Ibid*, p 42.

el mundo adulto- han estado, fundamentalmente, influidas por un concepto reductivo de la infancia en varios sentidos⁴⁵.

Continuando con esta apreciación, en reiteradas ocasiones contemplamos a los niños y niñas como adultos en miniaturas, lo que es incuestionable a la hora de regalar juguetes, que más que juguetes parecen instrumentos determinantes del actuar. “El juguete no es imitación de los útiles del adulto, es enfrentamiento, no tanto del niño con el adulto, sino más bien al revés. ¿Quién da al niño los juguetes si no los adultos?⁴⁶”. Para Benjamin, debemos dejar de pensar los juegos infantiles desde la mirada demasiado adulta de la imitación. Los infantes no buscan imitarnos, somos nosotros mismo que buscamos que nos imiten. Es el mundo de la adultez que incita a niñas y niños a jugar a *ser grandes*. No obstante, la auténtica “esencia del jugar no es un *hacer de cuenta que*, sino un *hacer una y otra vez*, la transformación de la vivencia más emocionante en un hábito⁴⁷”. La gran ley que rige sobre el mundo de los juegos, es la ley de la repetición. Sabemos que para niñas y niños esto es el alma del juego, que nada lo hace más feliz que el *otra vez*.

La complejidad de relacionarnos con niñas y niños, radica en suponer una cierta empatía inexistente entre los adultos y el ser infantil, lo cual se manifiesta en una sesgada interpretación. “El niño exige del adulto una representación clara y comprensible, no infantil; y menos aún quiere lo que éste suele considerar como tal. Dado que el niño comprende exactamente, incluso la seriedad distante y grave, siempre que ésta salga del corazón con sinceridad y sin ambages.⁴⁸”

Es menester mirar a la infancia desde otra posición dejando de lado el racionalismo propio de la Ilustración y volvernos conscientes de que ésta ya dejó de estar ligada a la debilidad, a la precariedad y a la inferioridad, “la infancia no sería la edad sin razón sino algo diferente⁴⁹”.

Walter Benjamin distingue a la infancia como una alegoría de un proyecto de destrucción de la subjetividad y de la realidad burguesa. Con la infancia nos vemos obligados a escapar del encasillamiento de la adultez, un encasillamiento pre - establecido por la tradición dominante y progresista. Dicho de otro modo, para regresar al mundo de la infancia es primordial votar el prejuicio y establecernos en un modo de apertura. Para este amante de las antigüedades, en el mundo de la infancia, las cosas son liberadas de la esclavitud de ser útiles. Asimismo, por el hecho de que en los niños y niñas, como también en los libros para ellos mismos, se renuncia a las certezas absolutas y a la sabiduría, es que para él se convierten en depositarios de la esperanza de redención. Entrevemos, así, una infancia que es pura potencialidad descontaminada y que es responsable de fundarnos y constituirnos como individuos.

Los niños y niñas, “no se subordinan jamás a realidades exteriores, como los libros de imágenes o de cuentos, o incluso los juguetes, sino que viven con ellos una situación dialéctica: sufren, sí, la fascinación, pero saben mantener distancia con ellos, saben jugar con ellos. Quedan, por lo tanto, envueltos en la dialéctica del aceptar y el transformar: aceptar las leyes de lo diverso, lo gratuito, lo entretenido, que se traslucen en la literatura

⁴⁵ GRAU, Olga. *Op. Cit.*, p 5.

⁴⁶ BENJAMIN, Walter. *Op. Cit. Escritos: la literatura infantil, los niños y los jóvenes*, p 90.

⁴⁷ *Ibid*, p 94.

⁴⁸ *Ibid*, pp 67-68.

⁴⁹ KOHAN, Walter Omar. *Op. Cit.*, p 267.

infantil; transformar y dar vuelta instintivamente los materiales con los que la primera experiencia histórica lo confronta: colores, letras, figuras, a los que su fantasía incansable parece reservar siempre nuevas combinaciones⁵⁰.

Gracias a las ideas con las cuales hemos ido delineando nociones acerca de la infancia, percibimos que ésta es mucho más que la primera etapa de la vida y asimismo no es posible desligarnos de ella tan fácilmente. Para Walter Kohan, la infancia debe ser pensada como condición, sentido y territorio de la existencia humana.

Ser niños y niñas es un contante comenzar. Comenzamos a comunicarnos, luego comenzamos a hablar, comenzamos a manipular, comenzamos a ganar, luego comenzamos a perder, a transar, a imaginar, a esperar, a crear, a buscar, a caminar, a pelear. Los códigos se van asociando y vamos incorporando tantas cosas, vamos siendo y haciendo⁵¹.

En párrafos anteriores ya lo señalábamos, la infancia implica un modo de apertura, un modo constante de estar abierto a lo impredecible, a lo desconocido y a lo inesperado. En este sentido infancia también puede ser entendida "...como símbolo de afirmación de la afirmación, figura de lo nuevo, espacio de libertad. La infancia será una metáfora de la creación en el pensamiento; una imagen de ruptura, de discontinuidad, de quiebra de lo normal y lo establecido⁵²". De acuerdo a estas características, la infancia imposibilitaría que nuestra historia personal sea pensada conforme a una continuidad lineal y progresista, con ésta en cualquier instante podemos retroceder, un retroceder negativo para la tradición, pero un retroceder que nos inunda de diversidad y de novedad. Con la infancia volvemos a probar, no nos estancamos en lo ya vivido, volvemos y experimentamos lo desconocido. "No hay progreso en la historia humana. Porque hay infancia (experiencia), la historia humana no puede ser continua, lineal, natural. Que la historia humana tiene a la infancia por patria significa que de ella se deriva, que de ella se origina y que sin ella nada es⁵³". Nuestra capacidad de sorprendernos es infinita en tanto la infancia nos abre a toda posibilidad desconocida e inesperada.

La infancia es la condición de ser afectado que nos acompaña toda la vida. Lo dicho y lo no dicho, la falta de palabra, la ausencia de voz (in-fans), en los afectos. Es aquella singularidad silenciada que no puede ser asimilada por el sistema. Una condición de estar afectado que no puede nombrar o reconocer esa afección, esto es la infancia⁵⁴

La aparente correspondencia entre infancia y el pasado vencido de Benjamin, puede deducirse del carácter de reprimido que posee este primer peldaño de la vida humana. Esta represión se explica por el hecho de que nuestra estadía en la infancia no alcanza a ser consumada, a saber, nos vemos obligados a entrar tempranamente en la adultez olvidando nuestra anterior condición. En este sentido, la aprehensión de la infancia supone una redención de un pasado olvidado y excluido por su carácter de incompleto. La adultez representa en este esquema el avance, en otras palabras, nuestra formación es

⁵⁰ BENJAMIN, Walter. Op. Cit. Escritos: la literatura infantil, los niños y los jóvenes. Estudio preliminar de Guilio Schiavoni, 31.

⁵¹ HERRERA Phillips, Lorena. "Buscar" en *Grafiás filosóficas: problemas actuales de la filosofía y su enseñanza*.

Seminario Internacional de Filosofía y Educación, Santiago, 2007, p 440.

⁵² KOHAN, Walter Omar. Op. Cit, p 130.

⁵³ *Ibid*, 273.

⁵⁴ *Ibid*, p 268.

dirigida por la misma noción de progreso que anteriormente describimos. Igualmente, al pasado truncado no le es permitida su realización en el presente. De modo, que cuando conocemos a este pasado violentado no lo conocemos tal como fue, sino que llegamos a conocer un pretérito totalmente inexplorado y novedoso. Asimismo, la infancia en cuanto ha sido también truncada, no debe ser exclusivamente comprendida como esta fase etérea menospreciada por el interés general, sino que en la medida que nos ha fundado como individuos se mantiene durante toda nuestra vida como un modo de aperturidad que no implica límites, ni obligaciones.

En otros términos, la infancia guarda en sí el tesoro de nuestra propia historia. Para poder acceder a este botín, que trae consigo la aprehensión y redención de nuestra propia existencia, no nos es posible servirnos de las mismas herramientas que nos han desterrado de ella. La comprensión de nuestra historia como una línea temporal y la concepción de infancia como un estado inferior, conllevan una aproximación al problema que utiliza el mismo prisma excluyente del progreso. Es necesario, por tanto, convertirse en el *trapero*⁵⁵ *de la historia* y recolectar desde aquel pasado truncado y excluido, que en definitiva representa todo episodio de nuestra infancia que no es susceptible de generar un sentido para configurar a nuestro presente, aquellos tesoros que iluminan nuestro presente.

b) Relación entre memoria e infancia

Con el hechizo melancólico de quien, incluso entre lo viejo, en los fondos de las tiendas, en las cosas fuera de moda, en la manera de lo olvidado y de lo abandonado, busca y explora recorriendo encarnizadamente signos que puedan ofrecer anticipaciones de un futuro liberado, del que no obstante se sabe condenado a quedar excluido, el crítico berlinés se arroja sobre las diseminadas ruinas del pasado para oponerse obstinadamente al ritmo de la historia misma historicistamente entendida, es decir, como un continuum homogéneo de hechos que ratifican el triunfo de los vencedores y en cuyo contexto las señales de lo diferente⁵⁶ resultan despojadas de su sentido .

Es gracias a la radicalidad que manifiesta la memoria, que Benjamin se interesa por las cosas más olvidadas, más particulares, más enigmáticas y escondidas. Entre lo viejo, lo olvidado, lo abandonado y pasado de moda, busca signos que puedan ofrecer anticipaciones de un futuro deliberado, del cual se sabe que está condenado a ser excluido. Para sus comentaristas estas serían las razones de su interés frente a la infancia y sus ejes temáticos.

La memoria desde el pensamiento benjaminiano, nos permite una nueva construcción de un pasado que no alcanzó a desarrollarse, convirtiéndonos en sujetos históricos activos y responsables de nuevas construcciones dentro de la historia. Así, recordar a través de esta memoria, no es sólo rememorar hechos acaecidos desde nuestro asiento, sino que edificar desde lo establecido nuevas perspectivas. Por lo pronto, cuando recordamos más que evocar un pasado ya sepultado, evocamos nuevas y desconocidas posibilidades.

⁵⁵ REYES Mate, Manuel. *Op. Cit.* Comentario a Tesis I, p 54.

⁵⁶ BENJAMIN, Walter. *Op. Cit. Corresponde al estudio preliminar de Giulio Schiavoni, p 14.*

La fundamentación de esta concepción de memoria se explica por el carácter que posee el pasado en este contexto. Nuestras motivaciones siempre están referidas a éste, a pesar, de que ya aconteció se nos hace imposible desligarnos de él. Dentro de la historia, caminar es un deslizarnos raudamente hacia adelante empujados por un gran viento huracanado, pero siempre con la mirada vuelta hacia atrás. Nuestra tranquilidad es aniquilada por el hundimiento de sucesos no consumados, de sucesos que no alcanzamos a conocer, ni a vivir. Como el mismo Benjamin lo dice, es inherente al ser humano una constante envidia frente al pasado, concretamente una envidia de lo que ese pasado pudo llegar a ser, este sentimiento frustra todo anhelo de futuro. Mientras no concibamos una clara y justa resolución de todo tiempo pretérito, no podremos ansiar un tiempo nuevo.

El pretérito se nos manifiesta con cada movimiento, con cada respiro, con cada pensamiento que realizamos inmersos en este presente. Pero, a la vez, éste se nos esconde diluyéndose avivadamente a través de los vientos del olvido. Toda manifestación nos convoca ininterrumpidamente al pasado y de sobremanera al pasado frustrado que clama un desenlace en la historia.

Todas estas razones señaladas nos remiten a la infancia, ya que, como hemos enunciado, ésta es mucho más que la primera etapa de nuestra vida y aunque se la considere meramente desde esta perspectiva siempre volvemos a ella. Con relación a esto, el problema no radica exclusivamente en que se la considera sólo como una fase etárea, sino que subsumidos en un constante progresar se nos obligue a abandonarla prematuramente y así también despreciarla y olvidarla.

De modo que, es urgente una transformación de esta visión de la infancia y asimismo una reivindicación que debe partir desde nuestra individualidad. Somos capaces de vivenciar que cuando se llega a la adultez, tendemos a encerrarnos en un mundo serio, rápido, sin tiempo libre, complejo, formal y autoritario. Olvidamos lo que fuimos y lo que nos ha formado como lo que somos, nos olvidamos de nuestro pasado, nos olvidamos de nuestra infancia, y así terminamos olvidando el sentido pleno de nuestra existencia. De aquí radica la urgencia del accionar de la memoria, desde un sentido benjaminiano.

A partir de esta misma dinámica de comprensión de la infancia, desde la rigidez del mundo adulto, surgen diversas problemáticas para empatizar con niñas y niños. Una de las dificultades más notorias para acercarnos desde la adultez al imaginario infantil, es cuando el imaginario infantil ya es sobrepasado por el imaginario adulto.

Para alcanzar un modo comprensor de relacionarnos con niñas y niños, tenemos que ser capaces de redimir a nuestra propia infancia, en consecuencia, es necesario que la reconozcamos en cada presente como parte primordial de nuestra constitución como individuos. En otras palabras, el reconocimiento y la aprehensión de nuestra propia infancia es una de las posibles alternativas de aproximarse al problema que representa la infancia en general.

Este modo de aproximación también tiene algunos riesgos: nos relacionamos con las imágenes que nos llegan de nuestra propia infancia y construimos a partir de ellas lo que son ellos, interpretamos. Entramos con esta observación a un terreno complejo, el especular, el proyectar y reflejar en el otro u otra lo que nos ha acontecido y vernos en el otro a partir de nuestra memoria. Frente a ello, sería necesario reconocer siempre esa distancia de la que hablábamos:

hay algo que no puedo saber, y ante lo cual más bien debemos sorprendernos: la dimensión de inaprehensibilidad del otro o la otra⁵⁷.

El riesgo que describe la cita anterior posee relación con lo que anteriormente hemos expuesto. La redención de la propia infancia rompe con el paradigma establecido en la relación entre la adultez y la niñez, generando una experiencia en el individuo que realiza tal apropiación. No obstante, tal experiencia se refiere a la infancia propia y sería un error extrapolar tal experiencia a la concepción general de infancia. La redención es una manera de “hacer saltar el continuum de la historia”⁵⁸, es decir, de escapar a la aproximación de nuestro pasado que lo muestra como *ajeno*, y es en este sentido que podemos referir tal trato con la historia a nuestra concepción de infancia. Por consiguiente, en la relación con los otros y otras, donde la infancia y la experiencia de la redención se podrían mostrar como un espejo de nuestra propia infancia, es necesario mantener distancia, detener toda proyección y reflexión que violente aquellas otras experiencias. El propósito de todo esto es permitir que, tanto el otro como la otra y su experiencia, se muestren de la manera más “objetiva” posible, lo cual sólo se consigue cuando logramos establecer una relación con los demás de pura *contigüidad*, es decir, permitir que el otro o la otra se muestren como tal sin violentar tal aparición con mi propia experiencia. Este es el riesgo potencial que guarda un viaje tan íntimo y propio.

Existe claramente un problema cuando hablamos de *objetividad*, principalmente por las numerosas discusiones tanto fenomenológicas como hermenéuticas que existen sobre tal tópico. Para poner las cosas en claro y contextualizar precisamente lo que se pretende dar a conocer, podemos tomar prestado ciertos conceptos del pensamiento de Hannah Arendt que pueden ser aclaradores.

En un flujo de argumentos totalmente inagotable, como los que presentaban los sofistas a los atenienses, el ciudadano griego aprendió a intercambiar sus propios puntos de vista, su propia «opinión» -la forma en que el mundo se le aparecía y mostraba... con la de sus conciudadanos. Los griegos aprendieron a comprender, no a comprenderse como individuos sino a mirar al mismo mundo de la posición del otro, a ver lo mismo bajo aspectos muy distintos y, a menudo, opuestos.⁵⁹

En esta cita, los esfuerzos de Arendt se cifran en desenmascarar la tradicional definición de objetividad, la cual supone que la imparcialidad sólo puede darse cuando el juicio histórico se realiza resguardando la *no interferencia*. Realizando una analogía con el concepto de infancia que hemos descrito, la *no interferencia* estaría representada por la posición *indiferente* que adopta el adulto frente a su misma infancia, considerándola como un episodio de un pasado *ajeno*, en un momento temporal estático que no posee relación alguna con su propio presente. De la misma forma, este modo de referirse a la infancia se aplica tanto a la propia infancia como a la infancia en general, dado que se realiza la misma objetivación de ésta, mirándola desde la vitrina de la distancia y la apatía. Es precisamente, esta idea de objetivación, el hacer objeto la experiencia, a la cual Arendt desenmascara. Hacer del recuerdo un objeto no es distinto de abdicar de nuestra posición en él mismo, de negar toda posibilidad que éste se muestre como propio y que, a partir

⁵⁷ GRAU, Olga. *Op. Cit.* “La alteridad en el pensar propio”, pp 6-7.

⁵⁸ REYES Mate, Manuel. *Op. Cit.* Tesis XVI, p 249.

⁵⁹ ARENDT, Hannah. “Concepto de historia: antiguo y moderno”. En *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona. Península. 1996. pp, 59-60.

de este proceso, se posibilite que éste mismo se muestre como componente esencial de nuestro yo y permitir que éste ilumine nuestro presente desde su propia luz. En este sentido, la objetividad que Arendt recoge de la cultura griega apunta precisamente a lo contrario. El fenómeno se muestra en una *trama*, en un contexto, donde el hombre no está solo sino que siempre está con *otros*. Precisamente la posibilidad que tal fenómeno tiene de hacerse público, de mostrarse a una comunidad y de generar posturas y opiniones, son las pruebas concretas para alcanzar la objetividad. La primera condición de la objetividad es la posibilidad de generar distintas y opuestas opiniones acerca de lo mismo, puesto que es en la subsanación de estas diferencias, donde puede darse la imparcialidad. La *otra* opinión muestra un mundo nuevo que escapa a los dominios del sujeto, ofreciendo la posibilidad de apreciar lo mismo desde otro universo. La objetividad radica, por tanto, en la posibilidad de soslayar ese abismo que existe entre el yo y el tú, y realizar la traslación de la percepción a *los demás*. Esto se consigue exclusivamente cuando permitimos que *los demás* se muestren bajo sus propios términos, sin proyecciones ni reflexiones de mi propia intencionalidad en su propia visión. Es por esta razón que, es fundamental, mantener la distancia, permitir la *pura contigüidad*, para no violentar la increíble oportunidad que ofrecen los demás: la posibilidad de la objetividad.

De la misma forma, cuando se hace una advertencia a los riesgos que suponen el viaje benjaminiano hacia la infancia, se pretende advertir que es preciso no extrapolar la propia experiencia de la redención de la infancia, hacia la infancia en general. El viaje hermenéutico posee un matiz personal, pero no por ello privado. Es posible aproximarse a diferentes posturas y visiones de la infancia, pero siempre manteniendo ese espacio necesario para que la imparcialidad surja. De este modo, el otro o la otra, pueden mostrar su novedad y su sorpresa, presentado la posibilidad de configurar un concepto de infancia general con el carácter de “objetivo”, como poseedor de una plenitud plural. Asimismo, la propia redención de la infancia ofrece una postura o una ventana al concepto de infancia general desde un singular punto de vista, el cual puede complementarse al existir la posibilidad de mostrar tal concepto a *los demás*, ofreciendo la oportunidad que se produzca aquello que Arendt denomina *el pensar sin barandillas*⁶⁰.

⁶⁰ GRAU, Olga. “El pensar imaginativo. Generación de experiencias de creatividad reflexiva” en *Grafías filosóficas: problemas actuales de la filosofía y su enseñanza*. Seminario internacional de Filosofía y Educación, Santiago, 2007, p 417.

III La importancia de la Narración en la constitución de una memoria de la infancia

a) Redención de nuestra *historia no narrada*

Narrar, seguir, comprender historias

*no es más que la “continuación” de estas historias no dichas*⁶¹.

Al revisar parte de la obra de Paul Ricoeur, podemos percibir en ciertos pasajes algunas alusiones al pensamiento benjaminiano. La alusión más reveladora es en el fragmento donde describe el concepto de *historia no narrada*. Ahora bien, es preciso señalar que comúnmente a causa de la influencia de la tradición, solemos entender que cuando se habla de historia, se apunta a una historia narrada. En otros términos, distintas tradiciones identifican el concepto de historia con el de *historia narrada*, esto se debería principalmente, por el hecho de asociar toda enunciación de historia con la Historia Universal. Por tanto, en este sentido la historia sería narrada en la medida en que es efectuada y consumada, ya que, como revisamos en el primer capítulo, la Historia Universal no es otra que la historia vencedora heredada de generación en generación e impuesta como única visión de los hechos.

“Sin abandonar la experiencia cotidiana, ¿no somos propensos a ver en tal encadenamiento de episodios de nuestra vida “historias no narradas (todavía)”, historias que piden ser contadas, historias que ofrecen puntos de anclaje a la narración?”⁶² La historia *no narrada* corresponde a la historia no dicha de nuestras vidas, que constituyen la prehistoria, en palabras de Ricoeur, el segundo plano, de las que emerge la historia narrada. Son hechos rendidos que no alcanzaron a consumarse y que en cierto modo sólo viven en el imaginario y en la memoria individual. Sin embargo, claman narración, para Ricoeur todos estos hechos serían víctimas de la *violencia interpretativa*⁶³.

En consecuencia, todo el presente posible y todo el pasado frustrado, se corresponderían con la definición de historia no narrada, en tanto, no son parte de la historia convencional y determinada por la tradición. El hacernos cargo de este presente posible y de este pasado truncado, es de cierta forma, narrarlo, en el sentido que lo hacemos parte de la Historia Universal, entendiéndolo como la otra mirada que se excluyó, pero que sigue incidiendo a medida que corre el tiempo.

⁶¹ RICOEUR, Paul. *Op. Cit.*, p 145.

⁶² *Ibid.*, p 144.

⁶³ *Ibid.*, p 143. Este concepto lo hemos sacado de contexto de la trama original en que se encontraba. Con violencia interpretativa, nos referimos a las interpretaciones determinadas por un continuum, por una tradición. De este modo, la interpretación de un acontecimiento y de una narración son desvirtuadas de su real significación. Esta violencia interpretativa es utilizada por el historicismo para no alterar el continuum de la historia que nos incita meramente a progresar.

Contamos historias porque, al fin y al cabo, las vidas humanas necesitan y merecen contarse. Esta observación adquiere toda su fuerza cuando evocamos la necesidad de salvar la historia de los vencidos y perdedores. Toda la historia del sufrimiento clama venganza y pide narración⁶⁴.

En la cita anterior, no cabe duda que el fenomenólogo francés, está enunciando el pensamiento benjaminiano que explicamos ampliamente en el primer capítulo de esta tesina. Es importantísima la narración, en cuanto resignifica todo acontecer que ya haya sido pre-significado en el plano del obrar humano. La narración le entrega fuerza y seguridad a toda historia del sufrimiento y a toda historia relegada al olvido. Con la narración empoderamos a este pasado, en la medida, en que se encuentra a la mano y conocido por todos los individuos. “El hacer narrativo resignifica el mundo en su dimensión temporal, en la medida en que narrar, recitar, es rehacer la acción según la invitación del poema⁶⁵”.

Lo que se interpreta en un texto es la propuesta de un mundo en el que yo pudiera vivir y proyectar mis poderes más propios. Para Ricoeur, sin narración no habría identificación posible ni del individuo, ni de las comunidades.

Durante nuestra existencia, nos encontramos en una constante necesidad hermenéutica, frecuentemente tenemos que inventar y dar significado a diversas cosas y acontecimientos. Con la misma narración entregamos significados. Asimismo, se haría necesario un proceso de traducción, en lo que se refiere a las significaciones de esas narraciones que establecemos. Sin embargo, Benjamin, nos aterriza y nos manifiesta que toda acción narrativa debe realizarse sin pretensiones que la influyan y la determinen.

La narración de nuestra historia no narrada denota una apropiación política del pasado y sus recuerdos, desde una posición del presente dirigida hacia el futuro. No obstante, la narración del pasado olvidado, no interesa como reconstrucción de las ruinas, sino como una construcción para incidir en el presente. “La narración apunta ficticiamente a modos de ser nuevos, aunque lo narrado no haya acontecido o no vaya a realizarse⁶⁶”. De esta manera, las narraciones deben ser nuevas posibilidades de esa realidad dada. “Por estar en el mundo y por soportar situaciones, intentamos orientarnos sobre el modo de la comprensión y tenemos algo que decir, una experiencia que llevar al lenguaje, una experiencia que compartir⁶⁷”.

Contextualizándonos en el tema que nos convoca, la infancia puede ser entendida como una *prehistoria* y como una *historia no narrada*. Claramente, es una prehistoria que antecede a nuestra adultez, es decir, que antecede a nuestra historia, la infancia en la medida que la olvidamos y despreciamos no alcanza a establecerse como aquella. Además, la adultez, el presente en que nos movemos, anula cualquier otra historia existente en nuestras vidas.

En este apartado el llamado es a redimir nuestra *historia no narrada*, la cual funda nuestra existencia y nos permite una nueva visión de nuestro entorno. Sólo en tanto redimamos nuestra prehistoria, podremos alcanzar un modo de pensamiento en apertura y sin estancamientos. En este sentido, no bastaría con recordar, sería preciso también traer mi infancia al presente narrándola y estableciéndola como *otra* visión, que nos podría

⁶⁴ *Ibid*, p 145.

⁶⁵ *Ibid*, p 153.

⁶⁶ *Ibid*, Correspondiente a la presentación de la edición española, escrita por Manuel Maceiras, p 27.

⁶⁷ *Ibid*, p 149.

ayudar a comprender la infancia en general. La infancia que afirmamos es una dimensión aún no suficientemente pensada de la experiencia humana. Es una oportunidad de asumir la discontinuidad como condición ontológica de la existencia, una apertura de esa experiencia a lo imprevisto, a lo que puede ser de otra forma, a lo que todavía no sabemos ni podemos⁶⁸.

b) El género autobiográfico como una puesta en práctica

Continuando con la idea central de la sección anterior, la autobiografía es el género literario que nos permitiría una narración adecuada de nuestra infancia. Con la autobiografía adquirimos una responsabilidad política en relación a nuestra *prehistoria*, esta responsabilidad es dada gracias a la cita. En esta narración, es imprescindible que citemos nuestros sucesos, nuestros pensamientos y nuestros anhelos vividos en un tiempo pretérito. De esta manera, traigo a mi presente mi *historia no narrada*, de una forma fragmentaria, pero constituyente.

Al escribir nuestra propia autobiografía hacemos un ejercicio de aproximación a diversos imaginarios infantiles, del mismo modo que, lo realizamos cuando leemos narraciones de este tipo. Esta sería una oportunidad de abrirnos a nuevas posibilidades de pensamientos con respecto a una misma idea.

Indudablemente, es un acercamiento mediado a través de la remembranza que se hace desde otra etapa de la vida, del relato que comporta una reelaboración de la experiencia, de poner en el lenguaje sensaciones, sentimientos, percepciones, relaciones diversas con acontecimientos, con las cosas, las personas y el propio cuerpo⁶⁹.

El género autobiográfico es una puesta en práctica, en la medida en que buscamos e indagamos en el *aula inmensa de mi memoria*⁷⁰. Leer este género literario, también implica un poner en práctica, debido a que comparo los imaginarios que se me presentan, con mis propios imaginarios que recuerdo en ese instante.

A continuación, daré a conocer diversos extractos de la autobiografía de Walter Benjamin, llamada *Infancia en Berlín hacia 1900*.

“Puede que sea por culpa de la construcción de los aparatos o de la memoria, lo cierto es que, en el recuerdo, los sonidos de las primeras conversaciones por teléfono me suenan muy distintos de los actuales. Eran sonidos nocturnos”⁷¹.
“Cada cual posee un hada que le tiene reservado un deseo por cumplir. Sin embargo, son pocos los que recuerdan el deseo que expresarán algún día,

⁶⁸ KOHAN, Walter Omar. *Op. Cit.*, p 279.

⁶⁹ *Imaginarios de infancia. Educación Parvularia y Formación Básica Inicial. Departamento de Educación. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile, Santiago, 2002. Corresponde a la Presentación escrita por Olga Grau, p 15.*

⁷⁰ AGUSTIN, Santo, Obispo de Hipona. *Op. Cit.*, Libro X, Cap. VIII, p 401.

⁷¹ BENJAMIN, Walter. *“Teléfono” en Infancia en Berlín hacia 1900. Alfaguara, Buenos Aires, 1990. Traducción de Klaus Wagner, p 53.*

y sólo pocos reconocen más tarde en la vida el cumplimiento del mismo⁷²”. “Después de cada fiesta de navidad y de cumpleaños había que decidir cuál de los regalos había que ofrendar al <<nuevo armario>> del que mi madre me guardaba las llaves. Todo lo que se encerraba permanecía nuevo por más tiempo. Yo, en cambio, no pensaba conservar lo nuevo, sino renovar lo antiguo. Renovar lo antiguo mediante su posesión era el objeto de la colección que se me amontonaba en los cajones. Cada piedra que encontraba, cada flor que cogía y cada mariposa capturada, todo lo que poseía era para mí una colección única⁷³”. “Al igual que la madre coloca a su pecho al recién nacido sin despertarlo, así trata la vida por algún tiempo los tiernos recuerdos de la infancia. Nada fortalecía más los míos que la vista de los patios, una de cuyas logias, sombreada en verano por las marquesinas, fue mi cuna, donde la ciudad puso al nuevo ciudadano⁷⁴”. “Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje. Los rótulos de las calles deben entonces hablar al que va errando como el crujir de las ramas secas, y las callejuelas de los barrios céntricos reflejarle las horas del día tan claramente como las hondonadas del monte. Este arte lo aprendí tarde cumpliéndose así el sueño del que los laberintos sobre el papel secante de mis cuadernos fueron los primeros rastros⁷⁵”

Con estos extractos, podemos vislumbrar el incipiente amor por las antigüedades y por la recolección. Asimismo, se manifiesta una gran importancia al recuerdo, a los detalles, a los sentimientos, a los olores, etc.

De esta manera, la cita permite referirnos a nuestro pasado sin violentarlo, así como también presenta un camino alternativo al impuesto por la tradición al momento de tratar con nuestra historia. La fragmentación que produce la cita posibilita apreciar a los acontecimientos como particulares, escindidos de la continuidad vencedora de la historia oficial, permitiendo que éstos se muestren bajo su propia luz. En consecuencia, la autobiografía, al constituirse precisamente de manera fragmentaria, posibilita el reencuentro con aquellos acontecimientos que claman redención, a nuestro pasado truncado y, finalmente, a nuestra infancia.

⁷² *Ibíd*, “Mañana de invierno”, p 35.

⁷³ *Ibíd*, “Un ángel de navidad”, p 99.

⁷⁴ *Ibíd*, “Logias”, p 123.

⁷⁵ *Ibíd*, “Tiergarten”, p 15.

Conclusión

Es evidente, que bajo una primera mirada pareciera que no hubiese relación entre la memoria benjaminiana y la infancia. Sin embargo, el empoderamiento que nos otorga la memoria de los vencidos es correspondiente con una nueva visión que pretendíamos entregar en relación a la infancia. Como lo hemos señalado a lo largo de este escrito, es propio de nuestra época la descategorización de acontecimientos, de individuos y hasta de etapas de nuestra vida. Esta situación, no posee más responsables que el historicismo y el continuum que éste establece en la historia, por tanto, pareciera que la esencia misma de nuestra época fuera el progreso.

En este contexto, Benjamin, a través, de su pensamiento nos está entregando una gran oportunidad al permitirnos conocer el pasado que demanda consumación y que en su interior es mera posibilidad. Además, no sólo nos permite conocerlo, sino también nos permite una nueva construcción que incida cada día en nuestro presente.

En este contexto, la infancia aparece poseedora de la misma esencia del pasado vencido, en tanto, ésta es relegada a un segundo plano y en ocasiones simplemente es olvidada. En esta tesina, manifestamos que la infancia es mucho más que una fase etárea y que, además nos permite nuevas visiones de mundo en la medida en que con ella nos mantenemos en apertura al mundo y a sus posibilidades. Con el paso de los años, podemos afirmar que constantemente se ha cometido un error al intentar comprenderla desde la seriedad de la adultez imposibilitando una relación de empatía. Asimismo, se incita a niñas y niños a avanzar rápidamente, desligándolos de esta fundante etapa de la vida.

Una de las alternativas para comprender adecuadamente la infancia es, a través, de la memoria benjaminiana, con ésta redimimos nuestra experiencia infantil integrándola como parte fundamental de nuestra realidad. Manteniéndonos en la misma dirección, durante el desarrollo de la tesina nos detuvimos en el concepto de objetividad con el fin de salvaguardar la posibilidad de generar un concepto de infancia en general. A través de este concepto podemos identificar nuestra propia infancia, sin violentar otros imaginarios infantiles, al establecer una distancia entre la nuestra y la infancia como un *todo*.

En la última parte, manifestamos que no sólo es necesario redimir nuestra infancia a través de la memoria, sino que también es primordial narrar esta experiencia de redención.

Bibliografía.

- AGAMBEN, Giorgio.** *Infancia e historia*. Barcelona. Editorial Crítica. 1988.
- AGUSTIN, Santo, Obispo de Hipona.** “Confesiones” en *Obras de San Agustín*. Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1991. Edición Crítica y anotada por el padre Ángel Custodio Vega.
- ARENDT, Hannah.** “Concepto de historia: antiguo y moderno”. En *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona. Península, 1996.
- BELVEDRESI, Rosa.** “Consideraciones acerca de la memoria, el olvido y el perdón a partir de los aportes de Paul Ricoeur”. *Revista latinoamericana de Filosofía*. Vol. XXXII. N° 2. Buenos Aires. 2006
- BENJAMIN, Walter.** “La vida de los estudiantes” en *Escritos: la literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1989. Estudio preliminar de Giulio Schiavoni. Traducción de Juan J. Thomas.
- BENJAMIN, Walter** “Metafísica de la juventud” en *Obras*. Madrid, Abada Editores, 2007. Traducción de Jorge Navarro Pérez. Libro II, Vol. 1.
- BENJAMIN, Walter** *Infancia en Berlín hacia 1900*. Alfaguara, Buenos Aires, 1990. Traducción de Klaus Wagner.
- COLLIGWOOD-SELBY, Elizabeth.** *Walter Benjamin, la lengua del exilio*. Santiago, LOM Ediciones, Arcis, 1997.
- ESCRIBAR Wicks, Ana.** “La hermenéutica como camino hacia la comprensión de sí”, Homenaje a Paul Ricoeur. *Revista de Filosofía*. Vol LXI. 2005. Universidad de Chile. Santiago
- GRAU, Olga.** “El pensar imaginativo. Generación de experiencias de creatividad reflexiva” en *Grafías filosóficas: problemas actuales de la filosofía y su enseñanza*. Seminario internacional de Filosofía y Educación, Santiago, 2007.
- GRAU, Olga** “La alteridad en el pensar propio”. Documento de clase.
- HERRERA Phillips, Lorena.** “Buscar” en *Grafías filosóficas: problemas actuales de la filosofía y su enseñanza*. Seminario Internacional de Filosofía y Educación, Santiago, 2007.
- Imaginario de infancia*. Educación Parvularia y Formación Básica Inicial. Departamento de Educación. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile, Santiago, 2002.
- KANT, Immanuel.** “¿Qué es la Ilustración?” en *Filosofía de la Historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994. Prólogo y traducción de Eugenio Imaz.
- KOHAN, Walter Omar.** *Infancia entre Educación y Filosofía*. Barcelona, Laertes, 2004. Prólogo de Jorge Larrosa.
- OYARZUN, Pablo.** *La dialéctica en suspenso*. Santiago, LOM, Ediciones, Arcis.

RANCIÈRE, Jacques. *El maestro ignorante*. Barcelona. Laertes. 2003.

REYES Mate, Manuel. *Medianoche en la historia: comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*. Traducción de las tesis por Reyes Mate. Madrid, Trotta, 2006.

RICOEUR, Paul. *Tiempo y Narración*. México D. F. Siglo XXI Editores, 2003.
Traducción de Agustín Neira y presentación de la edición española por Manuel Maceiras. Vol. 1.

SCHOLEM, Gershom. *Walter Benjamin y su ángel*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, Traducción de Ricardo Ibarlucía y Laura Carugati.

TODOROV, Tzvetan. *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002.

a.